

---

# LA SOMBRA DE UNA NUEVA RAPALLO

Ferenc Feher y Agnes Heller

---



---

La rebelión contra el espíritu de Yalta podría comprometer lo que ha habido de positivo en el equilibrio posbélico. Es en Alemania donde esta rebelión podría acarrear consecuencias incalculables para Europa y el mundo. Si en los futuros escenarios llegase a tomar cuerpo la idea de una nueva Rapallo, es decir, de un acuerdo ruso-alemán fundado en la neutralización de una Alemania reunificada, éstas serían las consecuencias. Veámoslas.

La pesadilla de una nueva «Rapallo» (reedición del acuerdo estipulado en 1922 entre una Alemania derrotada y sometida al *diktat* de Versalles y una Rusia soviética profundamente herida, que mostraba los primeros síntomas de recuperación después de la guerra civil y la carestía),

¿es una invención de la fantasía febril de los disidentes, atormentada por la imagen del Gran Hermano triunfante? Es evidentemente algo más desde que Rudolf Bahro, el *enfant terrible* de la fase actual del *nacional-bolchevismo*, en el curso de una entrevista, a la pregunta de si aludía a ese



acuerdo, respondió sin vacilar: «¿Rapallo? ¿Por qué no?»<sup>1</sup>. Bahro, fuera de toda duda, no es un estadista alemán, ni el portavoz de alguna gran corriente del pen-

**La necesidad de una reunificación es tan fuerte para los alemanes que ningún gobierno alemán elegido puede permitirse oficialmente una renuncia.**

dente fundado en la neutralización de una Alemania reunificada. Pero no se hizo nada de eso y Berija fue liquidado quizá también por esto, en 1953, después

de los disturbios de Berlín Este.

samiento. Durante la preparación de Rapallo, sin embargo, ya era claro que cierto *nacional-bolchevismo* «marginal» era expresión de tendencias mayoritarias que no intentaban revelar sus intenciones; estas tendencias, además, indicaban que, en la política alemana, ciertas aspiraciones eran formuladas más claramente por observadores externos que por los protagonistas.

Una cuarta opción teórica está representada por un convenio especial ruso-alemán, una reedición, precisamente, de 1922, para la cual, no obstante, faltan los presupuestos positivos (existen, en cambio, los negativos, y ya veremos sus consecuencias).

¿Qué podría significar, en la práctica, una nueva Rapallo, y qué consecuencias podría tener para Europa del Este, sometida al dominio soviético? Para responder es necesario plantearse otro interrogante: ¿qué estrategia de unificación de Alemania podría haber y qué consecuencias tendría?

En 1922, Rapallo fue un acuerdo entre dos grandes potencias debilitadas en casi igual medida, que tenían necesidad la una de la otra y estaban en condiciones de ofrecerse ventajas recíprocas. Hoy, Alemania Occidental y la Unión Soviética son igualmente fuertes, pero de modo diferente. La URSS es la primera potencia militar del mundo, es el último imperio existente, pero su economía, a pesar del crecimiento industrial, está permanentemente enferma y, para colmo, necesitaría inversiones sólidas y a largo plazo de Alemania Occidental. Alemania es económicamente fuerte, pero es débil en el plano militar (inclusive porque no tiene un armamento nuclear propio), y el riesgo de potenciar desde el punto de vista económico a la URSS sin garantizarse una defensa militar eficaz como contrapeso es un riesgo demasiado alto, tanto como para no permitir una reedición lisa y llana de Rapallo.

La estrategia occidental de reunificación ha tenido siempre dos opciones, casi nunca explícitas pero reductibles, en gran medida, a la alternativa poco realista del «*Alles oder Nichts*» («todo o nada»). La primera era la de una victoria norteamericana sobre la Unión Soviética; la segunda, la de una nueva revolución rusa o bien la de un hipotético e imprevisible colapso de la URSS (en cuyo caso la reunificación habría sido algo natural). La primera opción se ha vuelto materialmente imposible, pues comportaría una guerra nuclear total. La segunda no es ni teórica ni materialmente imposible, pero desde el punto de vista político no es una opción al tratarse de una alternativa en virtud de la cual no puede perseguirse ninguna actividad política alemana: se trata, por lo tanto, de una ilusión pía o impía.

Existe también la posibilidad, teórica, de renunciar de una vez por todas a la idea de una reunificación de Alemania a cambio de la pertenencia a Occidente. Sin embargo, la necesidad de una reunificación es tan fuerte para los alemanes que ningún gobierno alemán *elegido* puede permitirse oficialmente una renuncia de esa naturaleza.

Existía una tercera posibilidad teórica (ahora ya no existe): la «opción-Berija». Para el aparato comunista alemán habría sido un suicidio, porque el plan atribuido al último policía de Stalin, injustamente o no, era una renuncia a Alemania Oriental a cambio de un acuerdo global con Occi-

A fin de cuentas, lo que permanece es exactamente el opuesto de la tercera alternativa: ya no el «plan Berija», si ha exis-



tido alguna vez, sino la *auto-finlandización* de Alemania Occidental; considerada hace diez años como privada de sentido, una no-opción, hoy se ha convertido en una opción efectiva, auténtica, a la orden del día. Su forma real puede consistir sólo en una confederación, en la cual el aparato alemán oriental mantendría su poder sobre la población, conservando su completa independencia interna, y cuyo presupuesto sería la salida de Alemania Occidental de la OTAN (en la práctica, el desarme alemán). Cualesquiera sean las ilusiones de Alemania Occidental acerca de una «reunificación en términos republicanos federativos», sólo podrá efectuarse según el modelo finés: tornar la soberanía alemana *formalmente dependiente* del bienestar soviético, al menos por lo que respecta —por el momento— a los asuntos exteriores. *Este es, potencialmente, el orden del día de una nueva Rapallo.*

¿Cómo una opción tan inverosímil, inconcebible en el pasado, ha podido volverse en menos de una década una auténtica alternativa? Ante todo es necesario comprender que, de uno u otro modo, de manera clandestina y raramente expresada de manera verbal, tal opción ha existido siempre en el sentimiento de frustración de los alemanes frente a la indiferencia del mundo por el legítimo malestar alemán.

Sin embargo, existen también razones más sustanciales. Hoy Alemania sabe ser una colonia portadora del Occidente: después de los Estados Unidos, «Occidente», en Europa, significa Alemania Occidental. En segundo lugar, después de Vietnam y a pesar de los esfuerzos de Reagan por invertir esa tendencia, la hegemonía norteamericana ha sufrido un colapso. En tercer lugar, con la aparición de Reagan Occidente tiene de nuevo un gobierno fuerte, pero es *el menos sensible* al malestar alemán. Reagan personalmente, y los miembros de su administración de manera colegiada, han cometido todos los errores

posibles en relación con Alemania (y Europa Occidental en general). Parte de esta política era y es estructural para el capitalismo norteamericano: ha sido trasladado a Europa el costo de la recuperación económica norteamericana. La otra parte está constituida por lisos y llanos errores.

El resultado ha sido lo que el *Spiegel* ha llamado la «sublevación» contra los misiles, definida por Karl Kaiser «sublevación nacional con consignas antinucleares». El término es exagerado sólo en apariencia. En efecto, detrás del movimiento antimisiles hay una sublevación *contra el sistema Yalta-Potsdam* (cuyo mayor impulso viene del centro «romántico» y de la izquierda, pero que está difundiéndose cada vez más en toda Alemania). Además, no es casual que, para provocarla, la cuestión de los misiles haya sido el último paso —a los ojos de los pacifistas— de una larga concatenación de «actos peligrosos,

irresponsables, etc.», realizados por los norteamericanos en el marco de su estrategia global.

Se puede afirmar, en base a la documentación Brandt-Ammon, que la cuestión de los misiles *siempre ha tenido un significado nacional* para todos los alemanes que no han aceptado la opción Adenauer como definitiva. Evidentemente, no tiene sentido intentar definir en qué proporciones, en la protesta antimisiles, se mezclan el miedo y consideraciones de orden nacional. Interrogado en tal sentido, cualquier objetor dirá, en efecto, que está movido por el miedo, y ¿quién podría descartar declaraciones emotivas de ese tipo (sin hablar del hecho de que hay razones de sobra para tener miedo)? No obstante, el punto importante es que los políticos socialdemócratas, hasta cuando se han opuesto a la integración de Alemania Federal en la alianza occidental, presentaban argumentos contra los misiles precisamente en base a consideraciones nacionalistas. Por ejemplo, Fritz Erler en 1958: «Señoras y señores, permitidme citar el *Times*,

**Detrás del movimiento antimisiles hay una sublevación contra el sistema Yalta-Potsdam que está difundiéndose cada vez más en toda Alemania.**



un periódico muy apreciado por vosotros: “Tenemos, a grosso modo, las siguientes alternativas: o los silos de misiles en Alemania Occidental, que consolidarán la división del país durante generaciones enteras, o bien un sistema de desempeño militar de alguna clase...”»<sup>2</sup>. En otras palabras, todas las fuerzas antinucleares han iniciado su campaña, conscientemente o no, tanto en el Oeste como en el Este, presentando esta elección como un obstáculo de fondo para la reunificación alemana. Y la corriente mayoritaria del movimiento no está interesada tanto en los misiles Pershing o Cruise cuanto en la reunificación de Alemania.

Debemos repetir que esta última es una causa absolutamente legítima y, desde luego, justa; la cuestión, empero, es saber (como siempre en los casos de unificación nacional) *cuáles serán las modalidades y a qué precio se realizará la unidad*. En este punto nuestras críticas se basarán en más de cien años de tradiciones socialistas, democráticas y liberales que, para mantenernos en el ámbito de Alemania, han sostenido con fuerza la unidad alemana *en abstracto*, pero han condenado del mismo modo la específica forma bismarckiana en que ha sido realizada.

Una nueva Rapallo promete ser cualquier otra cosa menos un buen augurio. Sólo sería una modificación, con o sin tratado formal, del acuerdo de Yalta-Potsdam *con menoscabo de Occidente y a favor de la URSS*. Esto significaría una Alemania «neutralizada», hostil a Occidente, bajo la tutela de la política exterior de la Unión Soviética y en condiciones de ayudar a los regímenes soviéticos con sus enormes recursos tecnológicos y financieros, de mitigar sus problemas económicos sin contrapartida, sin liberalizar sus brutales sistemas represivos internos, ofreciendo indirectamente, de tal modo, un respaldo (irónicamente, gracias al éxito de un movimiento antinuclear) a la máquina

bélica soviética. Este resultado sería la peor conclusión de la segunda guerra mundial, si se excluye la victoria de Hitler o el inmediato acaparamiento de Europa Occidental por parte de Stalin. Y no debemos hacernos ninguna ilusión: si hay una nueva Rapallo, éstos serán los términos del falso compromiso.

¿Por qué puede considerarse realista esta amenaza? Por la creciente fragmentación de la alianza occidental, por el debilitamiento de Norteamérica (los Estados Unidos no podrían servir de contrapeso en este proceso, y de cualquier modo no *contra* una voluntad europea y sobre todo alemana), y —aún más importante— por las tendencias predominantes en el interior del único sujeto potencialmente en condiciones de concluir un acuerdo tal: la socialdemocracia alemana. Es previsible la objeción de los «expertos» en este sentido. La socialdemocracia alemana —afirmarían— no se alistaría nunca en contra de la alianza occidental. Muy recientemente, pronunciándose contra la instalación de los misiles renovaba su empeño en el seno de la alianza occidental. No obstante, aparte el hecho de que en política la palabra «nunca» no existe, aparte el hecho de que en 1978 todos los portavoces autorizados del laborismo británico se habrían negado a asumir la posición de desarme unilateral que en los años sucesivos sería la línea oficial del partido, hay otras pruebas en apoyo de nuestra tesis. Kaiser, en el artículo mencionado, definía la posición de Egon Bahr en materia de seguridad como un (ilusorio) «retorno a la posición de la nación-Estado, no conciliable con la idea de la alianza», una forma de gaullismo alemán a la cual, empero, le faltarían los presupuestos necesarios de la política de De Gaulle. Sin embargo, por lo que puede notarse, las dinámicas internas del SPD

---

**Una nueva Rapallo  
sólo sería una modificación  
del acuerdo Yalta-Potsdam  
con menoscabo de Occidente  
y a favor de la URSS.**

---

impelen al partido hacia el unilateralismo, lo que, en el caso de Alemania, se identifica con la neutralización y con el abandono de la alianza.



Esta dinámica interna radica en las profundas contradicciones del partido. El SPD ha adoptado el nacionalismo, siguiendo la huella de los centristas «románticos»

**La socialdemocracia alemana, asumiendo una posición nacionalista, tiene graves responsabilidades en el proyecto, por ahora teórico, de una nueva Rapallo.**

y de los nacional-bolcheviques, cuyo mérito innegable ha sido declararle la guerra al eslogan derrotista *finis Germaniae* y hacer pública la propia «voluntad de nación». No obstante, este nacionalismo, que ha iniciado su discutible carrera con la traición de Polonia en 1981, sólo puede conducir a una nueva Rapallo y, en definitiva, a una conclusión anti-occidental de la segunda guerra mundial <sup>3</sup>.

¿Puede una nueva Rapallo, en los términos esbozados arriba, conducir a la nación alemana fuera de las antinomias que ella misma se plantea cuando dejó que abortase la revolución antihitleriana? Nuestra respuesta, sin vacilación, es negativa. Si es verdad que una nueva Rapallo puede realizar al menos el símbolo de la unidad de una confederación, ésta conducirá nuevamente a la nación alemana a la encrucijada en la que los caminos de la libertad y de la idea nacional *se encuentran para luego separarse*, y esto por un período muy largo, aunque no sea ésta la primera vez. Una confederación no podrá nunca aliviar el fardo de Alemania Oriental (o «central» <sup>4</sup>), a excepción de la única cuestión, importante por sí misma, de los contactos personales entre alemanes. Sin embargo, no puede haber ninguna duda sobre el hecho de que el aparato de la RDA no dejaría de poner como condición para la creación de una confederación el retorno obligatorio de los ciudadanos del «Estado federal oriental» a su domicilio de origen <sup>5</sup>. En consecuencia, es poco probable que el sistema interno de opresión pueda liberalizarse y, de cualquier modo, ni siquiera será eliminado. En la mejor de las hipótesis los alemanes occidentales podrán mantener su Estado liberal-conservador que ellos, de manera bastante pertinente, llaman *Obrigkeitsstaat* (Estado autocrítico). Este último podría inclusive em-

peorar a través de un nuevo maccarthismo que actuaría contra todos aquéllos, de izquierda o de derecha, que criticasen el consenso nacionalista responsable de la

«nueva Rapallo»; no consentiría, por cierto, ningún espacio social al socialismo como democracia radical. Actualmente, los alemanes de cada alineamiento político se lamentan de su soberanía limitada y, si bien sus declaraciones pueden parecer a menudo excesivas y a veces poco auténticas, el hecho sigue siendo verdadero. En la huella de una nueva Rapallo, como consecuencia de la auto-finlandización, se aprendería qué quiere decir tener una soberanía limitada *à la soviétique*. Con todo esto ni siquiera hemos señalado la posibilidad, obviamente no inminente, de intentos de soviétización de toda Alemania, soviétización a la cual la confederación serviría, por lo menos, como cabeza de puente.

La primera pregunta a hacer sobre los efectos generales de una nueva Rapallo es la originaria: ¿a quién le conviene? Antes de responder es necesaria una observación metodológica. Las consideraciones que siguen sólo pueden ser conjeturas o previsiones (negativas). No estamos, por tanto, en el campo de la ciencia rigurosa. Podemos extrapolar, sin embargo, algunas *tendencias efectivas del presente*, extrayendo de su combinación la idea-guía de un futuro muy amenazante.

El principal beneficiario de una nueva Rapallo puede ser sólo una *nomenklatura* soviética conservadora que intente mantener el actual sistema de opresión sin la más mínima reforma. Esta tendencia, por lo demás, después del derribo de Jruschov, se ha mostrado bastante evidente en el seno de la *nomenklatura*, y sólo se la puede pasar por alto por una resolución preconcebida o deslumbrados por intereses y preocupaciones particulares. Un signo particularmente inquietante es que casi todos los observadores occidentales, liberales o conservadores, de la escena soviética han



pasado por alto una importante tendencia reciente: la rehabilitación gradual pero casi oficial de Stalin y la paralela abjuración del XX Congreso del PCUS<sup>6</sup>. Para una Unión Soviética ultraconservadora y opresiva de la época posruschoviana, una nueva Rapallo crearía, ante todo, un cordón sanitario indispensable alrededor de Europa Oriental ingobernable.

Pero por cordón sanitario entendemos algo diferente de lo que las potencias occidentales habían intentado crear en torno de la URSS después de la primera guerra mundial a través de Estados conservadores (regidos, además, por dictadores), concebidos como bases militares para una nueva intervención, si bien nunca utilizados como tales. El «cordón sanitario» de que hablamos no tiene, en efecto, ningún significado militar, puesto que no existe, en Occidente, «potencias regionales» con una fuerza comparable a la de la URSS.

Los países de Europa Oriental, cualquiera sea el consenso tácito detrás de la propaganda oficial, no tienen confianza en la ayuda occidental y, por tanto, no recurrirían a ella. Hasta hoy, no obstante, los ciudadanos de estos países han vivido en un clima político de solidaridad, al menos de palabra, con respecto a su lucha por la emancipación. De Praga del 68 en adelante esta solidaridad se ha extendido hasta implicar a los eurocomunistas, los cuales, en 1956, habían calificado a la revolución húngara como «contrarrevolucionaria». Este tipo de apoyo puede parecer demasiado etéreo en presencia del enorme poder material de la Unión Soviética, pero sostenemos que sirve para algo. Basta pensar en la España franquista, ese fantasma agonizante de la «memoria profunda de la izquierda europea», como lo definió Jorge Semprún, donde la protesta incesante contra esa anomalía tuvo un papel innegable en la transición de la España posfranquista hacia el liberalismo<sup>7</sup>.

Podemos afirmar sin exageración que,

**Para una URSS ultraconservadora y opresiva, una nueva Rapallo crearía un cordón sanitario indispensable alrededor de una Europa Oriental ingobernable.**

al menos en la izquierda alemana y en el centro «romántico», ya existían los presu- puestos de una nueva Rapallo, o bien de una auto-finlandización. Los disidentes alemanes orientales, a no ser que suscriban, como Bahro, una especie de *nacional-bolchevismo*, son difícilmente tolerados en el movimiento antinuclear que es el motor de la actual turbulencia social, como además lo ha demostrado el escritor Jürgen Fuchs, denunciando la irritación hacia las «interminables lamentaciones» de los disidentes orientales como él por parte de los nacional-pacifistas. Después del vergonzoso silencio en los días de la tragedia polaca ha habido un amplio consenso, desde los socialdemócratas y la izquierda «romántica» hasta el centro liberal (piénsese en *Die Zeit*), en el hecho de que Jaruzelski ha salvado, gracias a su «realismo y patriotismo», a Europa y la paz mundial. Precisamente quien está amargado por la «soberanía limitada» de Alemania aplau-

de sin reservas al hombre que, una vez más, ha permitido la reafirmación de la supremacía y del dominio de la URSS sobre Polonia. La guerra librada por los so-

viéticos en Afganistán (con crueldades comparables a los crímenes de la *Wehrmacht* y de las *Einsatzgruppen* en Ucrania entre 1941 y 1943) ha desaparecido de los discursos públicos del movimiento o, a lo sumo, es sólo objeto de alusiones. Mientras el culto de la Hungría kadarista, indudablemente el más liberal e iluminado de todos los Estados policiales de Europa Oriental, se ha vuelto ya un dogma indiscutible en la prensa liberal alemana. A su vez, *Der Spiegel* ha asumido el papel cumplido por los comunistas franceses en 1956 y ha publicado por entregas un reportaje sobre la revolución húngara (de David Irving, un hombre que se ha autodefinido como «fascista moderado») que trata este acontecimiento crucial en el proceso de emancipación de Europa del Este como una sospechosa agitación popular.

Un segundo, y aún más evidente resul-



tado, de una nueva Rapallo sería la expulsión de los Estados Unidos fuera de Europa a través de los alemanes, sin llegar así a una directa confrontación entre las dos superpotencias. Una solicitud soviética directa sería ignorada; una amenaza provocaría una reacción casi universal; una solicitud alemana, en cambio, provocaría disgusto y resentimiento, pero tendría el efecto de producir un nuevo aislamiento norteamericano y, a lo sumo, un nuevo tratado de alianza Francia-EE.UU. Por lo tanto, si la URSS tuviese el coraje político de dar los pasos necesarios para llegar a una nueva Rapallo, y la *nomenklatura* lograra encontrar un *partner* alemán dispuesto a este cambio, la segunda guerra mundial concluiría con un retiro norteamericano de Europa, que se pondría, al fin, bajo la tutela soviética.

Una ventaja ulterior de una nueva Rapallo para la URSS consistiría, indudablemente, en la posibilidad de «importar reformas económicas». A partir del inicio de los años 60 invocar la necesidad de una reforma económica ya no es una herejía absoluta<sup>8</sup>. La exigencia de introducir modificaciones en la «economía socialista» ha sido a menudo sostenida públicamente y a veces realizada con decisiones de la cumbre. Pero, sin pretender hacer un balance, podemos decir que las tentativas de reforma se han quedado en declaraciones vacías y se han malogrado (con excepción de Hungría, que había anunciado una reforma global —nunca realizada—, y ha llevado a cabo sólo una reforma parcial de la agricultura) porque la *nomenklatura* ha buscado siempre lo imposible: cambio económico sin cambio social. Por otra parte, aún en su errónea visión, la *nomenklatura* se da cuenta de que el restablecimiento de una auténtica economía de mercado (ni simulada ni fragmentaria) podría tener consecuencias sociales para ellas incontrolables<sup>9</sup>. Una nueva Rapallo resolvería los dilemas de la *nomenklatura* desde el punto de vista eco-

**La exigencia de introducir modificaciones en la «economía socialista» ha sido a menudo sostenida públicamente y a veces realizada con decisiones de la cumbre.**

nómico, al menos en un breve período. Una Alemania confederada, con una producción conforme a los criterios de una racionalidad de mercado, constituirían una unidad bastante amplia para proveer a las principales necesidades de la URSS; y su misma existencia resolvería la cuestión de las dos Alemanias. Se tendrían así inversiones y oferta de productos de alta calidad para la industria como para los consumos privados, a cambio de materias primas soviéticas y productos agrícolas del Este europeo. A efectos prácticos esto resolvería las tareas de las reformas económicas en la sociedad soviética sin necesidad de cambiar algo en su estructura social, satisfaciendo así el supremo deseo de todos los representantes modernizadores, pero ultraconservadores, de las *élites* dominantes.

Otra ventaja para la *nomenklatura* rusa consistiría en la «bipolarización del odio» en la Europa Oriental, si bien como efecto no programado. Contrariamente a las expectativas, por sondeos en profundidad desarrollados de manera ocasional en países extraeuropeos, resulta que los «rusos» no están entre los más odiados, como nación o grupo étnico, por las poblaciones locales<sup>10</sup>; de todos modos, lo son invariablemente a efectos prácticos. Esta no es sólo una carga psicológica, es también un potencial riesgo político. Una nueva Rapallo modificaría esta situación en el sentido de que todos los tradicionales sentimientos anti-alemanes de estas regiones, que tienen raíces históricas diversas y muy complejas, se volverían a encender de golpe.

¿Qué ganarían los alemanes, orientales u occidentales, con una nueva Rapallo? Ante todo, la satisfacción simbólica de una unidad nacional basada en una especie de confederación alemana: una unidad cultural, más que política, basada sobre todo en una considerable reducción y autorreducción de libertad. Con nuevas contra-



dicciones: por ejemplo, Alemania, gracias sobre todo al vacío creado por la renuncia de Norteamérica a su compromiso en Europa, se volvería mucho más poderosa

---

**La neutralización de Alemania sería el principal efecto de una nueva Rapallo y provocaría el fin de la OTAN.**

---

de lo que ha sido hasta ahora, mientras que al mismo tiempo, al ser dependiente de la URSS para todas las cuestiones exteriores, no podría disfrutar de este poderío acrecentado (que se convertiría, así, en fuente de una nueva tensión en Europa). Pero, a pesar de todo esto, Alemania ya no sería una nación derrotada que persigue una nueva Rapallo, una condición que ha afligido a la nación entera de cuarenta años a esta parte. Para cualquier comunidad que pone en primer puesto esta autoestima simbólica recuperada, con respecto a sus libertades políticas y a las de sus vecinos inmediatos, ésta es una solución satisfactoria <sup>11</sup>.

Una nueva Rapallo ofrecería, además, evidentemente ventajas económicas a dos generaciones alemanas como mínimo. La recesión ha terminado por golpear a la poderosa economía alemana occidental, y esta vez no hay ninguna «medicina norteamericana». Los Estados Unidos, muy por el contrario, con la sobrevaluación artificial del dólar y con la política de las elevadas tasas de interés, están transfiriendo buena parte de las propias dificultades económicas, en particular las derivadas de su gigantesco déficit de la balanza de pagos, a los países europeos, y, en este escenario, Alemania es el país más proclive a experimentarlas. Una nueva Rapallo, con sus grandes posibilidades de inversiones en una economía soviética que tiene gran carencia de éstas, podría proporcionar un estímulo a la ganancia y a la ocupación en Alemania.

Bajo la guía de una nueva Rapallo los dirigentes de Alemania Oriental saldrían inequívocamente como los principales vencedores, reforzando su posición de manera considerable. Si una nueva Rapallo tomase cuerpo, Ulbricht, ese despreciable

sátrapa de la hegemonía soviética, aparecería, en retrospectiva, como un Cavour alemán, puesto que esta victoria se habría obtenido no sólo contra Norteamérica

sino también contra la voluntad de los dominadores soviéticos. La *leadership* alemana oriental, la más tenaz y al mismo tiempo más homogénea fuerza social reaccionaria, que cumple públicamente un papel pionero en la abolición de las reformas checoslovacas (y probablemente un análogo papel clandestino en el caso de las reformas polacas), se convertiría en la potencia política dominante —sólo después de la jerarquía soviética— en todas las cuestiones de Europa del Este.

El relativo peso económico del «Estado federativo socialista de Alemania Central» se acrecentaría enormemente, en comparación con los otros países de la región, como consecuencia de la unión confederal; y superaría no sólo a una Polonia en bancarrota crónica, sino también a su tradicional competidor industrial: Checoslovaquia. Además, si Alemania Oriental, en cuanto miembro de la confederación alemana, tuviese un peso decisivo en las cuestiones internas alemanas (y, por tanto, en las cuestiones europeas más importantes), muy difícilmente rompería las relaciones políticas, económicas y militares con el bloque soviético.

La neutralización de Alemania sería, pues, el principal efecto de una nueva Rapallo, y provocaría el fin de la OTAN. Es inútil intentar prever qué alternativas de política exterior se mantendrían abiertas al resto de Europa Occidental y a los Estados Unidos. Por lo que respecta al bloque soviético, sería lógico esperar la disolución formal del Pacto de Varsovia, y de qué modo puede suceder esto sin cambiar su esencia lo explica la historia: Stalin, precisamente en el momento en el que reforzaba su control sobre los partidos comunistas que subían al poder, disolvía formalmente el Komintern. La disolución



del Pacto de Varsovia, en otras palabras, aún presentando una evidente ventaja propagandística, no afectaría a la integración política y militar soviética de Europa Oriental (de la cual el Pacto es la fachada y el resultado externo, no ya la base ni su auténtica estructura organizativa).

La Unión Soviética, por fin —y es tal vez lo más importante—, vería abrirse múltiples opciones alternativas. El efecto más inmediato, evidentemente, sería un tratado de paz separado entre una Alemania (confederada) y la URSS, con las siguientes implicaciones: no sería reconocido, casi seguramente, por las potencias occidentales, y esta nueva fractura haría saltar lo positivo que se le puede atribuir al sistema de Yalta y Potsdam (un sistema que, de algún modo, ha funcionado). La liquidación del sistema inaugurado en Yalta y Potsdam le libraría las manos a la *leadership* soviética en Europa, sobre todo en la amplia región que se extiende entre las fronteras soviéticas y las alemanas.

¿Cuáles son las principales consecuencias de esta nueva condición de completo aislamiento de Europa Oriental? Hasta hoy, cada vez y donde quiera que la *leadership* soviética se ha impuesto límites, o al menos ha intentado conservar una respetabilidad exterior, ha sido por la voluntad de no comprometer algunas de sus simpatías, sobre todo en Europa Occidental. Con una nueva Rapallo, que extendería la tutela paternalista de la URSS hasta el corazón de Europa, estas autolimitaciones ya no serían necesarias y la estrategia imperial soviética entera mudaría radicalmente. Ante todo, los dirigentes soviéticos no tolerarían ya zonas de independencia real o relativa. Esto comportaría una inmediata amenaza para Finlandia y Yugoslavia. La finlandización (o auto-finlandización) de Alemania significaría casi inevitablemente la soviétización de Finlandia. Y, después de haber derrotado a aquéllos que más tienen que perder (Fin-

landia, Yugoslavia y Albania), la *nomenklatura* soviética podría poner término fácilmente a las extravagancias de Ceausescu, reemplazándolo, con toda su camarilla, sin tener que cambiar en lo más mínimo la estructura social de Rumanía (lo que lo dice todo sobre Ceausescu).

Pero éstos serían sólo los pasos preliminares hacia una transformación más fundamental: la revisión de los límites y la ulterior expansión del núcleo del imperio, en particular en relación con Polonia. Plantear la cuestión de la soberanía nominal de Polonia puede parecer de por sí absurdo. Pero ésta ha sido puesta en duda por autorizadas fuentes polacas. Por mencionar alguna, de las veladas amenazas dirigidas por los sucesivos gobiernos polacos a una población rebelde en los turbulentos años entre 1968 y 1981 (pero con particular énfasis antes de la introducción de la ley marcial por parte de Jaruzelski), la principal era la observación, extraña de por sí, de que la «soberanía» polaca era dañada por las exigencias de la oposición. Esta advertencia significa sólo una cosa: los dirigentes soviéticos, que ya habían proferido amenazas análogas a Checoslovaquia a través del mariscal Grecko, en la primavera de 1969, obligando a Dubcek a renunciar y a desaparecer para siempre, habían hecho comprender que si los comunistas polacos hubiesen vacilado en aplastar a los rebeldes de *Solidaridad*, «portadores de falsos sentimientos patrióticos incompatibles con las posiciones de clase del marxismo-leninismo», el problema se habría resuelto directamente a través de los soviéticos: la soberanía de Polonia habría sido abolida y el país integrado en la URSS. Este designio tiene sus precedentes históricos; además de en la anexión forzada de partes de Polonia al interior del imperio de los Romanov, en la ideología y en la conciencia de la *nomenklatura*.

**La finlandización  
de Alemania significaría,  
casi inevitablemente,  
la soviétización  
de Finlandia.**

«Los bolcheviques no se resignaron nunca al hecho de que el resurgido Estado polaco escapase a su control y de que no pu-



diesen someterlo a su dominio en 1920. El ministro de asuntos exteriores soviético, Molotov, en mayo del 39, definió la República polaca como "el monstruoso bastardo de la paz de Versalles"», y Stalin la definió sarcásticamente: "Si se me perdona la expresión, un Estado"»<sup>12</sup>.

**Los países recalcitrantes  
del Este,  
como Polonia,  
correrían el riesgo de ser  
incorporados a la URSS.**

Las ulteriores consideraciones generales hechas por Gerner se revelan aún más profundas cuando se presta atención a las *chances* de Polonia después de una nueva Rapallo. «La nación polaca está situada, a lo largo del eje Este-Oeste, entre Alemania y los países eslavos del Este, dominados por los rusos. Siempre que Prusia o Alemania y Rusia o la URSS han sido fuertes, los polacos han tenido grandes dificultades para defender su independencia nacional. Significativo es el hecho de que la soberanía del Estado polaco fue reconstituida en 1918, cuando tanto Alemania como Rusia estaban temporalmente debilitadas, y de que dejó de existir cuando estos países readquirieron fuerza y unieron las de cada cual en 1939... Las relaciones con Alemania son, por así decirlo, la otra cara de las que existen entre Polonia y la Rusia soviética. La razón que está en la base de la creación del imperio sudoriental y centro-europeo de la URSS era la de la salvaguarda de los rusos de cualquier amenaza posible de Alemania. Vista desde una perspectiva polaca, la naturaleza de las relaciones de Polonia con Alemania (Occidental) debería influir también en sus relaciones con la URSS. El acuerdo con Bonn en los finales de los 70 tuvo, al menos teóricamente, los mismos fundamentos de la subordinación de Polonia a la URSS, en el sentido de que la URSS era una potencia capaz de —y dispuesta a— defender la frontera occidental de Polonia contra el revanchismo y el revisionismo de Alemania (Occidental). El significado potencial de la *Ostpolitik* es cultivado, en efecto, por la prensa polaca»<sup>13</sup>.

De todas estas observaciones se pueden extraer las siguientes conclusiones. An-

te todo, puesto que Polonia siempre ha tenido sus *chances* cuando Alemania y Rusia (URSS) eran simultáneamente débiles, y, en sentido inverso, cuando ambas eran fuertes, lo que ha sido siempre fatal para su soberanía (en el siglo XIX, en 1939), se sigue de ello, lógicamente, que una nueva Rapallo supone una amenaza igual para Polonia. Secundariamente, aunque sea verdad en teoría que la nueva *Ostpolitik* podía, eliminar en gran parte la ideología que legitimaba el predominio soviético sobre Polonia, contribuyendo a acrecentar su soberanía, en los hechos las cosas no se han dado así: a medida que el acrecentado nacionalismo germano-occidental y las concesiones a una política soviética expansionista minaban las potencialidades emancipadoras de la *Ostpolitik*, ésta se ha transformado en una política objetivamente antipolaca (con un espíritu muy similar al de Rapallo versión 1922), y el mundo entero ha podido darse cuenta de ello en diciembre de 1981 cuando se impuso la ley marcial en Polonia. En tercer lugar, en el caso de la coincidencia de algunas circunstancias, podría ser el interés común de una fuerte confederación alemana y de una Unión Soviética aún más fuerte eliminar formalmente la soberanía polaca.

La historia futura no puede ser inventada, por cierto, y, sin embargo, tal escenario es por completo inconcebible. Si Polonia continuase dando señales de intranquilidad social (lo que, no obstante el actual clima deprimente de capitulación, no es improbable); si además el núcleo del imperio, la URSS, tuviese necesidad de ulteriores contingentes eslavos contra una creciente población musulmana, no eslava, que en la próxima década representará el 51 % de su población (y el polaco sería un contingente eslavo que, por añadidura, ha sido tradicionalmente hostil a los ucranios, otra población intranquila en el interior del imperio), es entonces del todo posible que lo que en 1981 era una ame-



naza se convierta, en el futuro, en una realidad. Cualquiera que sepa a qué extremos pueden llegar el nacionalismo polaco, por un lado, y la represión soviética de la resistencia interna, por el otro, habrá comprendido seguramente el peligro de esta

hipótesis. Son todos escenarios posibles —si bien podrían imaginarse otros: la historia futura no está escrita— en torno a la formación de una nueva Rapallo.

Traducción: Mario Merlino

<sup>1</sup> Cfr. R. Bahro: *Rapallo - Why not? (Reply to Gorz)*, «Telos», n.º 51, primavera 1982.

<sup>2</sup> *Die Linke und die nationale Frage*, editado por Peter Brandt y Herbert Ammon, Hamburg, Rowohlt, 1981, pág. 162.

<sup>3</sup> En política, la palabra «traición» tiene un significado dudoso después de 60 años de propaganda comunista contra los socialdemócratas. No obstante ello, la usamos deliberadamente porque consideramos que la socialdemocracia alemana jamás había conocido, después de los peores momentos bajo Scheidemann y Noske, días más oscuros que aquellos durante los cuales Schmidt y Honecker «estaban disgustados» por lo que «necesariamente había ocurrido» en Polonia (el golpe de Estado de Jaruzelski), y Brandt, en nombre de la II Internacional, atenúa la protesta hasta tal punto que los socialistas de los países latinos sintieron el deber de declarar públicamente que el presidente de la Internacional no hablaba en nombre suyo. Todos sabemos cuál es la justificación moral en estos casos: los alemanes hemos hecho bastante contra los rusos como para mantenernos en silencio, o por lo menos discretos, cuando son ellos los que han de ser demandados. En el caso de Polonia, no obstante, esta excusa es extraña, si no hipócrita: basta recordar que la segunda guerra mundial comenzó con la agresión alemana a Polonia.

<sup>4</sup> Teniendo en cuenta la Prusia oriental incorporada en la URSS y los territorios cedidos a Polonia cuando Stalin la desplazó a Occidente «como un armario» para incorporar a Polonia oriental.

<sup>5</sup> Un tácito acuerdo en este sentido está ya en vigor entre Austria y Hungría. No estamos en condiciones de decir hasta qué punto este acuerdo se ha formalizado secretamente.

<sup>6</sup> Inmediatamente después de la caída de Jruschov, circularon rumores en Moscú de que estaba en marcha una tendencia (refiriéndose en particular al poderoso grupo Shelepin-Semyciastny) para rehabilitar a Stalin y condenar a Jruschov en el XXIII Congreso del PCUS, el primero sin él. El plan falló tal vez a causa de una reacción violenta y colectiva por parte de los intelectuales soviéticos más conocidos, algunos de los cuales eran todavía prestigiosos exponentes del *establishment*, como por ejemplo Sajarov. Pero, desde entonces, dos tendencias, una negativa y otra positiva, confluyeron casi públicamente en los últimos años de Breznev. La negativa en el rechazo de cualquier

crítica a Stalin en la vida política y cultural soviética. Las «violaciones de la legalidad socialista», un eufemismo por no decir genocidio, no tenían ya un sujeto que las ordenase, supuesto que los hechos fuesen mencionados. El aspecto positivo fue un retorno progresivo a la exaltación de Stalin, sobre todo en la forma de *héroe nacional*, en narraciones de guerra de amplia difusión. La tendencia alcanza su ápice en la última edición de la *Enciclopedia soviética* (que en las cuestiones políticas refleja siempre las posiciones del *Politburó*) en los últimos años de Breznev, durante los cuales la figura pública de Stalin se exalta formalmente de modo acrítico. Véase a este respecto *The Rebirth of the Stalin Cult in the USSR*, en V. Zaslavsky, *The Neo-Stalinist State*, New York, Harvester Press, 1982 (el ensayo es anticipado por *Mondoperaio*, n.º 11, 1978).

<sup>7</sup> Algo análogo ocurre en Hungría entre 1953 y 1956, donde las críticas de los intelectuales, y en particular de los escritores, reflejaban una opinión occidental y cumplían un papel importante en el debilitamiento del aparato. Sin los elementos reformistas en el aparato la revolución húngara habría sido inimaginable.

<sup>8</sup> El mejor resumen de las reformas económicas hasta finales de los años 70 sigue siendo la *Storia economica dell'Europa orientale 1950-1980* (Roma, Ed. Riuniti, 1983); cfr. en particular el cap. III, *Alla ricerca di uno sviluppo equilibrato*.

<sup>9</sup> En realidad, supongamos que las cosas se hayan dado exactamente al contrario de la declaración del ministro de justicia de la URSS, Trebilov (citada en el interesante libro de Kristian Gerner, *The Soviet Union and Central Europe in the Post-War Era*, Lund, 1983). Gerner cita una declaración oral en la que Trebilov habría afirmado que los dirigentes soviéticos habrían estado dispuestos también a introducir el sistema yugoslavo de los consejos obreros, si sólo hubiese demostrado que funcionaba. Supongamos, en cambio, que los dirigentes soviéticos no pueden crear las condiciones necesarias para introducir las reformas, porque temen que éstas puedan turbar, a continuación, el orden social.

<sup>10</sup> En los años 60, A. Heller realizó una investigación de este tipo en Hungría (de la que se han publicado sólo las partes que concernían a los autoestereotipos de los húngaros). Las partes inéditas, sin embargo, demostraban, en un nivel metodológicamente convincente, que los húngaros experimentan sentimientos negativos sobre todo con res-



pecto a los rumanos y, curiosamente, con respecto a los servios. A Waliczki nos ha dicho que los resultados de una indagación análoga desarrollada en Polonia habían demostrado, esta vez sin sorpresas, que los alemanes eran los peor vistos por los polacos, seguidos, en segundo lugar, por los rusos.

<sup>11</sup> A aquéllos que insisten en decir que la soberanía alemana está limitada también en el marco de la hegemonía norteamericana, respondemos, contrariamente a todo lo que hemos dicho hasta ahora,

que existe una solución alemana alternativa: un preciso movimiento de masas alemano-occidental, sin falsas ilusiones respecto del régimen soviético, sin una aspiración nacionalista en una nueva Rapallo, pero con un resuelto deseo de cambio de la posición de Alemania en el interior de la alianza occidental para llegar, gradualmente, de una soberanía política y militar limitada, a una soberanía completa.

<sup>12</sup> Kristian Gerner, *o. c.*, pág. 56.

<sup>13</sup> *Ibidem*, págs. 41-62.